



Puerta de la torre de las Infantas en Granada

PUERTA DE LA TORRE DE LAS INFANTAS EN GRANADA

Entre las portentosas maravillas que la incomparable Alhambra encierra, fija la atención del visitante la preciosa fachada cuyo grabado incluimos, modelo de lo que fué en España el arte árabe cuando caído el califato de Córdoba levantóse espléndido el trono de Granada.

Nada de cuanto caracteriza el estilo de aquella época falta en la mencionada puerta, aéreas columnitas; frisos cuajados de delicadísimos mosaicos; primorosos arcos festoneados de colgantes estalactíticos; inscripciones que parecen adornos y adornos que parecen inscripciones; azulejos esmaltados dispuestos en geométricas combinaciones; labores caprichosísimas y fantásticos dibujos, testimonio de una civilización rica voluptuosa: quebradiza en fuerza de su propio refinamiento.



EL JOROBADO MUERTO

En la capital de una provincia de Persia había en otro tiempo un sastre que tenía una esposa muy hermosa.

Un día llegó a su puerta un jorobado que cantaba muy bien acompañándose de una guitarra. Le gustaron tanto al sastre y a su esposa las canciones del jorobado, que le invitaron a cenar con ellos.

Estaban comiendo un pescado que tenía muchas espinas, se le atravesó una en la garganta al pobre jorobado, y, a pesar de los esfuerzos que el sastre y su esposa hicieron para extraérsela, murió el jorobado.

Al verse con un cadáver en su casa, el pobre sastre exclamó:

—Estamos perdidos, porque si la justicia lo sabe, creerá que nosotros hemos muerto a este hombre, y nos llevará presos.

La mujer, acordándose de que al lado vivía un médico judío, dijo:

—Lo mejor que podemos hacer es llevar a este hombre a casa de nuestro vecino, el médico.

En efecto, entre los dos llevaron al jorobado muerto a la casa del médico que vivía en el primer piso, y llamaron a la puerta. Salió a la puerta la criada, y el sastre dándole una moneda de oro le dijo:

—Diga usted a su amo que aquí hay un enfermo que necesita auxilios.

El médico al ver la moneda de oro creyó que sería algún enfermo rico, y salió inmediatamente y sin luz. Al salir tropezó con el jorobado y le hizo rodar por las escaleras. Mandó a su esposa que trajera una luz, y cuando vió que aquel hombre estaba muerto, dijo:

—Estamos perdidos, porque si la justicia lo sabe creerá que nosotros hemos muerto a este hombre y nos llevará presos.

—Lo mejor que podemos hacer—dijo la mujer—es echar el cadáver por la chimenea de nuestro vecino el carnicero.

En efecto, lo subieron a la azotea y lo echaron por la chimenea de su vecino el carnicero, con tan buena suerte que el jorobado quedó sentado en el suelo de la cocina como si estuviera vivo.

Un momento después entró el carnicero en la cocina, y al ver al jorobado allí creyó que era un ladrón y cogiendo un palo, empezó a darle golpes. Cuando vió

que el hombre no se movía, cesó de darle golpes y le examinó. Cuando vió que estaba muerto, empezó a decir:

—He muerto a este hombre. Si le encuentran en mi casa, estoy perdido porque la justicia creerá que yo le he muerto y me llevará preso. Lo mejor que puedo hacer es sacarle de mi casa y llevarle a otra parte.

En efecto, cargó con el cuerpo del jorobado, lo llevó a la calle y lo arrimó contra la puerta de una tienda. Sucedió que un poco antes del amanecer un comerciante cristiano pasó por cerca de la puerta donde estaba el jorobado y tropezó con él. Creyendo que era un ladrón empezó a darle golpes mientras gritaba:

—¡Socorro! ¡ladrones! ¡que me matan!

A sus gritos acudieron unos cuantos policías y encontrando al jorobado muerto creyeron que el cristiano lo había muerto y se lo llevaron preso.

Como no había testigos, y el cristiano no podía negar que había dado grandes golpes al jorobado, el juez le condenó a morir en la horca.

Ya iban a ahorcar al comerciante, cuando se presentó el carnicero gritando:

—No maten ustedes a un inocente el verdadero culpable soy yo.

Y en seguida contó como había muerto al jorobado al encontrarle en su casa.

Al oír una confesión tan espontánea, el juez mandó que soltasen al comerciante y ahorcasen en su lugar al carnicero. Ya iban a ahorcar al carnicero, cuando se presentó el médico judío gritando:

—No maten ustedes a un inocente, el verdadero culpable soy yo.

Y en seguida contó como había muerto

involuntariamente al jorobado al tropezar con él en las escaleras de su casa.

Al oír una confesión tan espontánea, el juez mandó que soltasen al carnicero y ahorcasen en su lugar al médico judío. Ya iban a ahorcar al médico judío cuando se presentó el sastre gritando y dijo:

—No maten ustedes a un inocente. Señor Juez, si alguien es culpable, ese soy yo, porque nadie puede matar a un hombre que ya está muerto.

El sastre contó al juez que el jorobado había muerto en su casa a consecuencia de habersele atravesado en la garganta una espina de un pescado mientras comía, y que él y su esposa le habían llevado a la casa del médico judío.

Al oír la relación del sastre, el juez se quedó perplejo sin atreverse a mandar que ahorcasen al sastre, porque en realidad no era culpable, y mandó que los llevaran a los cuatro y al jorobado muerto a la presencia del gobernador.

Cuando el gobernador oyó la historia de las aventuras del jorobado muerto no pudo contener su admiración, y mandó que pusiesen en libertad al comerciante cristiano, al carnicero, al médico judío y al sastre.



MISCELANEA

Pirón iba a entrar en el salón de un gran señor en el momento en que un noble se retiraba. El cortesano se paró a la puerta por cortesía. Pase usted, señor duque, le dijo el amo de la casa que salía a despedirlo, no es más que un poeta.

—Puesto que nuestras cualidades son

conocidas, dijo Pirón, usaré de mi rango. Y pasó el primero.

El Profesor.—Ya os he explicado la acción del calor y del frío en ciertos cuerpos; sabéis pues que por el calor los cuerpos se dilatan, es decir, aumentan de volumen, y por el frío se contraen, es decir, disminuyen. ¿Puedes tú, Fernando, ponerme un ejemplo?

Fernando, muy decidido.—Sí, señor, las vacaciones.

—¿Qué es eso de las vacaciones?

—Pues, sí, señor. En el verano duran lo menos ocho semanas y en invierno tan solo dos.

Haciendo mención en una tertulia de los «ecos célebres», varias personas aseguraron sucesiva y progresivamente haber tenido el gusto de oír repetidas por el eco, en este o en aquel sitio, cuatro, cinco, seis y aun siete palabras.

—Señores—exclamó un andaluz—todos esos ecos que ustedes dicen son unos pobrecitos. Estando yo en cierto paraje tuve la ocurrencia de gritar:—¿Cómo está usted? Acto continuo, el eco respondió:—Muy bien gracias.

Un labriego, que iba caballero en un pollino se apeó un día por las orejas, como vulgarmente se dice, a consecuencia de un par de coces que soltó el animal.

La gente que presenció la caída del labriego prorrumpió en una carcajada.

—Por falta de serenidad te has caído—esclamó el más chusco de la reunión—dirigiéndose a la víctima que se levanta trabajosamente.

—No—dijo—ha sido por falta del burro.

SECCION RECREATIVA

Jeroglífico

EN D RODRIGO
DIAZ DE VIVAR

OO
OE

Adios

Charada

PRIMA CON TERCERA es río
SEGUNDA y TERCIA es de fuente
y pasamos en el TODO
un mes y otro mes y siempre.

Fuga de vocales

L. v.r. y l. c.rr.cc.n d.n s.b.d.r.;
m.s.l m.ch.ch. c.ns.nt.d.
.v.rg.nz.r. . s. m.dr.

Logogrifo numerico

- 1 2 3 4 5 6 Nombre de un profeta.
4 3 2 6 5 Nombre de una torre.¹
4 3 2 6 Lugar donde estuvo el Arca de la Alianza.
5 2 3 Nombre de un sacerdote.
4 3 Nota musical.
1 Vocal.

Soluciones al número 17

A la Fuga de vocales

No empañéis la pureza de la fuente,
ni marchiteis la flor,
ni detengais al pájaro, ni al hombre
le quiteis la ilusión.

A la Charada

Tea.

Enigma biblico

Jonás.

PRECIOS DE SUSCRIPCION: *Por un año: en España y Repúblicas Americanas, 3,00; en todos los demás países extranjeros 4,50.*—Librería Nacio-Extranjera, Caballero de Gracia, 60, Madrid.

Imprenta: Bravo Murillo, 72